

**Zozobra**

Barbara Molinard

PREFACIO DE MARGUERITE DURAS

TRADUCCIÓN DE VANESA GARCÍA CAZORLA



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*Viens*

© *Zozobra* e ilustraciones de interior AGNÈS MOLINARD y LAURENCE MOLINARD, herederos de BARBARA MOLINARD, 2016  
Publicado por primera vez en francés como *Viens* por ÉDITIONS MERCURE DE FRANCE en 1969  
Publicado en inglés como *Panics* por FEMINIST PRESS, New York, en 2021  
Primera edición: 2024

Prefacio  
© MARGUERITE DURAS, 1969

Traducción  
© VANESA GARCÍA CAZORLA

Imagen de portada  
© ROZENN LE GALL

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2024  
América, 109  
Colonia Parque San Andrés, Coyoacán  
04040, Ciudad de México  
SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España  
www.sextopiso.com

Formación  
GRAFIME

Impresión  
COFÁS

ISBN: 978-84-10249-12-7  
Depósito legal: M-8722-2024

Impreso en España



El apoyo de la Comisión Europea a la producción de esta publicación no constituye una aprobación del contenido, que únicamente refleja las opiniones de los autores, y la Comisión no se hace responsable del uso que pueda hacerse de la información contenida en ella

## ÍNDICE

<i>Prefacio de Marguerite Duras</i> .....	9
El avión de Santa Rosa .....	15
La mano cortada .....	23
El hombre sin cabeza .....	41
Ven .....	51
Sin título .....	59
La cita .....	65
Los apartamentos del padre .....	85
La jaula .....	95
La cama .....	121
Taxi .....	129
La esponja .....	135
La felicidad .....	141
Estoy solo y es de noche .....	151
<i>La cripta. Conversación con Marguerite Duras</i> ..	161

PREFACIO  
MARGUERITE DURAS

Barbara Molinard vive en una casa grande en el campo. Pasa doce horas al día sola. Lleva ocho años escribiendo.

Lo que leemos en el presente libro constituye una parte muy exigua —quizá una centésima parte— de lo que Barbara ha escrito en ocho años. El resto lo destruyó.

Barbara escribe. Y rompe lo que escribe. Continúa redactando. Y otra persona, esa a la que (desde hace unos meses) llama su «enemiga», reduce a trizas sus escritos.

TODO LO QUE BARBARA MOLINARD HA ESCRITO HA QUEDADO REDUCIDO A TRIZAS.

Los textos que vienen a continuación también los rompió. Juntó las trizas, las volvió a romper, las juntó de nuevo. ¿Cuántas veces? Ni siquiera ella lo sabe. Tantas como fue NECESARIO, es decir, hasta agonizar, hasta que el sentido volvió a sumirse en la noche absoluta de su fuente, en el dolor matriz.

Barbara rompe sus textos con el mismo cuidado con que los escribe, siguiendo un método. Cada folio

está rasgado en cuatro partes que, reunidas, forman un todo. Ese todo, esas partes –intermedias– a medio camino entre la ceniza y el folio se quedan algún tiempo encima de su mesa, ante sus ojos. Después van al fuego, creo.

Una vez, estando de vacaciones en un hotel, Barbara se pasó cinco semanas seguidas escribiendo el día entero, lo rompió todo, como de costumbre, y luego no se acordó de nada. Esas pérdidas absolutas son relativamente frecuentes.

Hasta que no se ha hecho esta recopilación, su dolor alcanzaba su punto culminante cuando la orden de destruir se abatía sobre Barbara y ella luchaba contra sí con todas sus fuerzas, pues a continuación, al haber OBEDECIDO, tenía un respiro. Gracias a ese respiro podía volver a abrigar la esperanza de escapar de la «enemiga», la asesina que a diario inspeccionaba su mesa y lo masacraba todo.

Ese respiro, esa esperanza, no le daba sino una nueva oportunidad para volver a destruir. Así se ha pasado ocho años.

Durante esos ocho años, su marido y yo hemos contratado a la enemiga de Barbara con la vulgaridad de la vida. No nos engañamos sobre la violencia que le hemos infligido al pedirle –con frecuencia– que se «desprendiera» de sus textos, que los pusiera fuera del alcance de la «enemiga», por ejemplo, en manos de un editor. Aun a regañadientes, lo que Barbara pedía era una novedad. Su infernal ciclo de dolor tenía

que cambiar. El dolor duraría y duraría. Pero golpearía en un sitio distinto, y esa era la novedad a la que Barbara recurría.

Barbara aceptó. Nos entregó sus textos.

Yo sabía, porque los había leído —con anterioridad—, que aún quedaban algunos que no nos había dado. Le insistí. Se negó. Así estuvimos varios meses. No nos los cedió hasta poco antes de su publicación. Lo hizo de pronto. Los cuatro textos en cuestión son «Ven», «Los apartamentos del padre», «La cama» y «La esponja». Estos cuatro textos, que Barbara había RETENIDO, no difieren en su naturaleza de los que había SOLTADO. Pero tenía que alimentar a la «enemiga», y sin duda se los guardaba para que los devorara.

Respecto al texto titulado «Le Caveau» [La cripta] —tras varias tentativas—, tratamos de reconstruir la trama las dos juntas. Fuimos al grano y lo hicimos en una sola sesión, sin extendernos más de lo imprescindible. Había que consignar por escrito ese RELATO, aunque solo fuera para arrebatarlo a lo indecible.

Barbara sueña con una casa distinta de la que tiene. Esa casa existe, dice, y puede describirla. Es una torre cerrada que solo está bañada por la luz en los «días de sufrimiento». En esa torre vive sola y nadie la visita. Su casa actual le parece aún demasiado abierta, demasiado expuesta a los demás.

En esa torre soñada Barbara escribe.

Lo que leeremos aquí no es ni inventado ni soñado. Es el relato de unas vivencias. Y la escritura forma

parte de ellas. La escritura se vive. Es un paso en el camino del dolor. Sin ella, ese dolor permanente habría sido insoportable. De eso estoy segura.

De vez en cuando en una calle Barbara siente pavor al ver una cara, una cara en la que nadie parece reparar. El abatimiento que se apodera de ella puede durar días. La conmoción puede ser tan insufrible que Barbara huye. Huye llevándose a casa consigo el rostro que ha visto. Una vez allí lo observa. Lo observa hasta que comprueba que toda vida es insoportable.

Otras veces Barbara ve un rostro vacío. En tales casos, lo que Barbara se lleva a casa es la angustia de sustituirlo por un rostro animado. En la extraordinaria coherencia de la incoherencia general, el dolor es el cemento. Entre el rostro aterrador y el rostro vacío, el cemento es el dolor de Barbara.

La raza humana está mal hecha. Las ciudades están mal hechas. Los medios de transporte son malos: o los perdemos o no nos llevan adonde queremos ir. Unas cuantas personas confiadas vagabundean por ese universo, incurables del mal de amar, servir y esperar.

MARGUERITE DURAS

## EL AVIÓN DE SANTA ROSA

Señor, disculpe, ¿a qué hora llega el avión procedente de Santa Rosa? Tras consultar el horario, el empleado respondió que el avión procedente de Santa Rosa aterrizaría a las 19.50 horas. La señora también quiso informarse sobre la hora a la que despegaría de Santa Rosa, el número de escalas que haría y cuánto duraría cada una. El empleado, solícito, hizo varias llamadas telefónicas y, cuando hubo obtenido la información y se la hubo dado a la señora, esta aún quiso saber cuántos pasajeros viajarían en el avión..., si el pronóstico meteorológico era bueno y si, por último, no habría motivos para temer un accidente. El empleado, impacientándose, le dio a entender a la señora que había más personas esperando su turno y que, en cualquier caso, entre sus cometidos no estaba el de responder a tales preguntas. Algo confusa, la señora se disculpó con una sonrisa, le dio las gracias y se marchó.

Fuera, dudó un momento sobre qué dirección tomar. Decidió ir a la derecha, enfilear la primera calle a la izquierda, seguir recto y finalmente torcer de nuevo

a la izquierda. Entonces reparó en que estaba delante de su casa y se quedó muy extrañada. Subió al tercer piso del edificio, sacó una llave del bolso, la giró en la cerradura de la puerta situada a la izquierda del rellano y entró: una cama a la derecha; junto a esta, una pequeña silla que hacía las veces de mesilla de noche; al fondo, un perchero, algunos vestidos colgados, un abrigo, un lavabo; a la izquierda, un hornillo encima de una mesita, un armario. Desanimada, se acercó a la cama, se sentó en ella con las piernas colgando, se apoyó en la pared y se quedó perfectamente quieta. Cuando volvía a casa, solía tener esos ratos muertos de espera..., de espera. Todo se volvía impreciso, impalpable y lejano. Necesitaba una gran fuerza de voluntad para no dejarse vencer por aquel estado de sopor. Normalmente eran los objetos los que la llamaban al orden. En aquel momento fue el despertador, sobre el que casualmente había posado la mirada, lo que la devolvió a la realidad. De pronto recordó que no tenía tiempo que perder. Aún tenía mucho por hacer antes de que llegara el avión y debía apresurarse. Frente al espejo, se ajustó el sombrero, que no se había quitado, cepilló el abrigo y, al salir de su habitación, echó la llave con cuidado.

Caminó a paso ligero por el bulevar, como si tuviera mucha prisa. De trecho en trecho se detenía delante de una tienda para echar un vistazo rápido al escaparate y reanudaba su carrera. Frente a una de ellas, se demoró un poco más y, tras reflexionar

unos instantes, entró con resolución. La recibió una vendedora opulenta y displicente. La señora señaló el vestido del escaparate y le dijo que le gustaría probárselo. De mala gana, la dependienta cogió la prenda y se la entregó a la señora. Después de probársela, la mujer quiso ver otros más... y otros más. Pero siempre había algo que no la convencía del todo. La dependienta se impacientó, pero la señora siguió adelante, pasando de un vestido a otro y con aire de ser ajena a todo. Entonces la dependienta, sin poder contenerse ya, le hizo algunos comentarios ásperos. La señora, como queriendo disculparse, explicó que aquella noche tenía una gran cena... con unos amigos que volaban desde Santa Rosa, y que por eso el vestido tenía que quedarle como un guante... No tenía tiempo para arreglos. La insolente dependienta se rio de tales explicaciones. Pese a su perplejidad, la mujer se probó un par de vestidos más antes de salir de la tienda con las manos vacías. La puerta se cerró de un portazo en sus talones.

En el bulevar, volvió a caminar a paso ligero sin percatarse de la lluvia que empezaba a caer. Tras luchar brevemente consigo misma frente a una peletería, entró. La persona que la recibió, muy acostumbrada a tratar con clientes, dedujo, desde el primer instante, que no era una clienta seria; aun así, no podía negarse a mostrarle a la señora las piezas de la colección que esta quería ver. A medida que las pieles pasaban por sus hombros, la espalda se le iba encorvando

levemente. Un inmenso cansancio se fue apoderando de la señora y la puso al borde del desfallecimiento. Le habría gustado suplicar clemencia y que todo aquello cesara, pero, obstinada, continuó probándose un abrigo de piel tras otro. Era como si no estuviera en sus manos la decisión de poner fin a lo que se había convertido para ella en una auténtica pesadilla. Podría haber continuado hasta que se derrumbara de puro agotamiento si la dependienta, preocupada por los gotones de sudor que perlaban el rostro de la señora, no le hubiera pedido que descansara un momento. Mientras la acompañaba a la puerta, la señora a duras penas hizo un intento de explicar lo de Santa Rosa..., el avión..., los amigos..., la cena...

En el bulevar, se dirigió a un banco que había justo enfrente y se sentó, aturrida. Un sintecho, una especie de vagabundo, se colocó a su lado, tan cerca que sus codos se tocaban. El hombre desdobló con cuidado un viejo y grasiento periódico que tenía en el regazo y se puso a rebuscar entre un amasijo de despojos de comida; parecía deleitarse con un hueso del que desprendió la escasa carne restante. Los ojos de la señora pasaban mecánicamente de las sobras de comida del periódico a la cara del hombre. Sumida en una gran confusión, envidiaba remotamente al hombre.

Luego, con la mente en blanco, observó a la gente pasar. Dos marineros cogidos del brazo zigzagueaban por la acera; una señora empujaba un cochecito de

niño prodigando sonrisas a su regordete bebé, que agitaba las manos en el aire; una rubia etérea, agarrada al brazo de un hombre alto con el pelo engominado, sonreía de oreja a oreja; los colegiales, con sus carteras bajo el brazo, mordían tartaletas de manzana. Hombres..., niños..., mujeres..., niños..., mujeres..., un aro, ¡una cometa! ¡El avión! Sobresaltada, la señora se levantó del banco dando un respingo, cruzó la calzada, giró a la derecha por una calle, a la izquierda por otra, siguió todo recto, una calle, otra calle. Tenía tanto miedo de llegar tarde que iba casi corriendo. ¡Las 19.50! ¿Llegaría a tiempo? Tres pisos, la llave en la cerradura, la habitación. El agua fría, el jabón y el cepillo de dientes le sentaron bien. De pie frente al espejo, se alisó el pelo a toda prisa; cogió otro abrigo que, si bien estaba desgastado, se ponía en ocasiones especiales; trató de encontrar un par de medias que no tuvieran carreras y, por fin lista, cogió el bolso y salió.

Echó a correr hacia el metro, se montó en un vagón y, una vez que hubo encontrado un asiento, por fin pudo respirar. Consultó el plano y contó que le quedaban doce paradas para llegar a la estación donde tomaría un autobús que la dejaría en la parada donde finalmente se subiría a otro que la llevaría al aeropuerto. El viaje se le estaba haciendo eterno por el desasosiego que le producía la posibilidad de retrasarse y por lo cansada que estaba. El temor a perderse la llegada del avión la angustiaba en extremo. De pie

en el autobús, con las piernas flaqueándole y las manos temblorosas, se agarró a la barra para no caerse.

¡Las 19.50! El motor rugió y el avión aterrizó. Allí estaba ella.

En medio del gentío, esperó a que salieran los pasajeros. Los primeros, los siguientes y los últimos cruzaron la pasarela. De puntillas, la mujer los iba escrutando uno a uno. Alzaban los brazos y agitaban las manos por doquier, un lenguaje silencioso con el que la gente expresaba su impaciencia por abrazarse. Uniéndose a la alegría y felicidad de todos, la señora también levantó y agitó las manos. A continuación los viajeros cumplieron las formalidades de la aduana y quedaron finalmente liberados. Hubo besos, sonrisas, lágrimas de alegría, estallidos de risa, palabras cariñosas, palabras de amor y de ternura. Hubo todo eso. Todo. La señora vio todo eso. Todo.

Una vez sola, en medio del vestíbulo desierto, pensó que era hora de volver a casa. La cortina de bruma que le nublaba la vista seguramente se debiera a la lluvia que veía al otro lado de la ventana.

Un autobús, otro más y el metro. Una calle a la izquierda, otra a la derecha, todo recto y de nuevo a la izquierda. Las escaleras, la puerta, la llave, la cerradura, su habitación.

Sentada en la cama, con la espalda apoyada en la pared y las piernas colgando, se abandonó al paso del tiempo, ese tiempo muerto que tan bien conocía y

del que, si no quería morir, tenía que escapar. Con todo, pensó que no tenía queja de su jornada: había hablado con gente, había visto a gente. Pero también pensó que al día siguiente tendría que empezar de nuevo, inventarse otra cosa..., inventarse otra cosa —algo de lo que era muy consciente— y que era difícil, cada día más difícil, algo de lo que era muy consciente.

